

Todo lo relacionado con «Los Nuevos» debe dirigirse a la calle Simón Martínez — N.º 4122 —

# Los Nuevos

EDITADO POR LA  
AGRUPACION  
«LOS NUEVOS»

Año I

Montevideo, Setiembre de 1928

N.º 2

## CASI ACLARANDO

En nuestro número anterior, al presentarnos ideológicamente, lo hicimos en síntesis y con un poco de retórica, pero definido el concepto de libertad que es lo más interesante.

No podemos hacer una amplia y detallada exposición, de ideas por la simple razón de que no hemos llegado a la edad que requieren estos conocimientos, y de nosotros, no hay uno dotado de esa maravillosa virtud que es la precocidad.

No obstante el enfático nombre de nuestro periódico, no pasa de ser una tentativa, el deseo de integrar nuevas modalidades entre los que, teniendo una relativa comprensión de la más extrema libertad, caen con frecuencia en normas antitéticas a sus ideales, en nombre de los mismos.

Muy lejos estamos de pretender la absoluta adaptación de las ideas a la vida real, pero sí deseáramos que esta misma consideración la tu-

vieran quienes. no poseyendo el distintivo de la pureza total, la exigen a otros con maneras poco libertarias.

La exigencia, exceptuando la que se hace uno mismo en obras o en virtudes, es una torpeza y en muchos casos una imposición.

Bástenos en el hombre su sentido de la libertad, que si lo posee a conciencia, por lógica han de ser compensados sus actos malos, por otros superiores en número y en calidad.

### Santos Chocano

El militarote Ibañez invitó a Santos Chocano para visitar el país de las cordilleras.

Con tal motivo la prensa difundió la noticia de una posible gira del poeta al Río de la Plata.

Santos Chocano instrumento de la dictadura de Leguía es el homicida de aquel joven escritor que se llamó Elmore. Como premio y estímulo Santos Chocano obtuvo la libertad y pasó a integrar la corte del tenebroso Leguía.

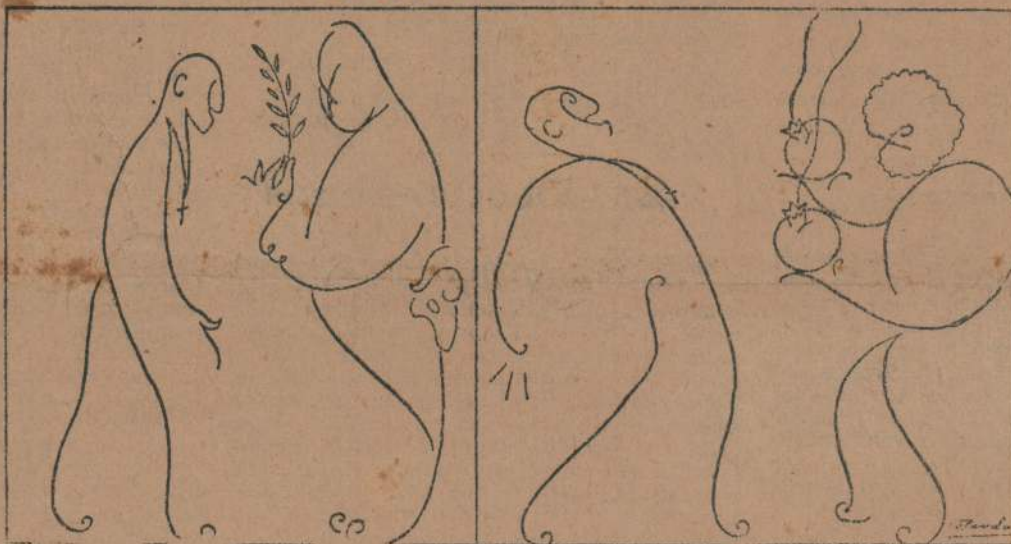
Con los antecedentes de Chocano no nos extraña su visita a Chile, donde impera un gobierno del mismo corte que en el Perú, por lo contrario no parece lo más normal, si tenemos en cuenta que Ibañez se encargará de ofrecerle toda clase de garantías al poeta homicida.

Por dos cosas no agradecería que viniera Chocano al Plata.

Primero, para aquilatar el grado de sinceridad que había en la indignación que manifestaran muchos elementos de nuestras esferas intelectuales, con motivo de la muerte del escritor de vanguardia, Elmore.

Y segundo para advertir qué diferencia hay en los regímenes que presiden Leguía, Ibañez y los de Alvear y Campistegui, pues le tenemos mucha prevención a los «demócratas» que tanto abundan por estas latitudes.

### Alfonsete proyecta un viaje a la Argentina



Quién y cómo desea que lo reciba

Quién y cómo teme que lo reciba

### Burla sangrienta

Norte América, ha propuesto al mundo un acuerdo tendiente a terminar con las guerras, acuerdo de paz definitiva.

Trabajar por la paz entre los hombres es noble tarea. Pero resulta ridículo que sea Norte América quien sorprende al mundo con tan magnífica idea mientras mantiene su ejército en pie de guerra. Es un sarcasmo violento el de esa poderosa nación que quiere disimular su afán de dominio a base de proyectos pacifistas.

Si en realidad N. América sintiera anhelos de paz, debía comenzar por hacer prédica ejemplar y consecuente con sus ideas lanzadas a todo viento no tendría objeto su intervención en Nicaragua con todos los honores de la guerra, aunque de rodillas le pidiese su intervención el gobierno nicaragüense.

La firma de cuantos pactos de paz se puedan hacer no son más que pamplinas gubernamentales.

Esa firma no le impide a cualquier nación que con toda frescura siga destinando su capital al mantenimiento o engrandecimiento aún de su respectivo ejército con su correspondiente bagaje bélico. Ya preveen las naciones firmantes que ese acuerdo no asegura tal paz. Como no preveerlo! si quienes lo firman lo hacen como quien fuma un cigarrillo.

España propone la creación de un ejército internacional que asegure el cumplimiento del convenio. Quiere decir que a la nación que se declare en rebeldía contra el acuerdo, se le hará la guerra mejor que ahora todavía, pues todo el mundo tendrá derecho a guerrear con la nación delincuente hasta reducirla a escombros.

En vez de pugnar por su abolición total, por ser inútil para la paz, y por significar su sola existencia una ofensa a la tranquilidad, se proyecta la creación de uno más poderoso. Es un criterio macarrónico.

De todos los tratados de paz habidos y por haber, hechos diplomáticamente, no quedará en pie más que una cosa: el recuerdo de una farsa.

La realidad demuestra que el futuro no es nada tranquilizador para los pacifistas de verdad, estando como está la preparación bélica en su apogeo como antes de la pasada guerra.

### ¡LÁSTIMA!...

En España se ha descubierto un complot para destruir el actual gobierno.

A nosotros lo mismo nos dá que sea Primo de Rivera o Juan de los Palotes quien gobierne a España—no tenemos preferencia por ningún sistema de gobierno—pero lamentamos que ese complot se haya malogrado.

Lástima no poder saber que ese militar ensobrecido y prepotente, Primo de Rivera, que atemorizó a sus gobernados al ruido de sable y espuelas, ha tenido que huir de la malquerencia de estos como criatura asustadiza, con el recuerdo de que para nada le sirve el sable al cual él le atribuía un poder mágico.

### Unas palabras

... Y bien lector, con un pequeño esfuerzo te hemos regalado otro número.

Tiene de todo un poco ideas, arte, literatura.

Claro, que si eres muy exigente, bien harías en guardarlo para otros usos que no son los propios pero si no lo eres, mejor para el destino de nuestro periódico en el que pusimos alegría, sinceridad y pensamiento.



## EL SENTIMIENTO DE AUTORIDAD

Es evidente que el mayor mal que aflige al hombre, es el sentimiento autoritario.

Tan sólidamente se ha cimentando en la conciencia del individuo ese principio, que se considera quimérico, el desarrollo de la vida libre.

Es la autoridad, la reguladora de las actividades sociales, y cuando surge una manifestación espontánea que pretende orientarse de acuerdo con una concepción libertaria, se descarga sobre ella el peso de los prejuicios autoritarios. Claro que todos los procedimientos que se empleen en el sentido de anular la voluntad y la independencia del pensamiento serán ineficaces.

Las armas que esgrimen los autoritarios son: la violencia y la oposición tenaz a toda manifestación razonable y justa, mientras que los partidarios de la libertad tienen su gran fuerte en la obra de cultura, vehículo del progreso y superación social.

La cuestión que nos ocupa tiene, no obstante la claridad de sus términos, algunas facetas sobre las que es importante (o al menos así lo entendemos nosotros) decir algunas palabras.

Existe muy generalizada en muchos militantes de las ideas, la creencia de que se es enemigo de la autoridad por el hecho de combatir al Estado, pues éste, si bien es un exponente de la autoridad, no lo es en absoluto; ya que

tal principio arbitrario tiene su fuente productiva en el individuo mismo.

He aquí entonces lo importante, desterrar del hombre la idea inferior que lo hace instrumento de voluntades ajenas; y es que tanto se amasó la mentalidad del hombre en la artes del mando, que muchas veces hasta sin advertirlo los propios elementos que se consideran libertarios, caen en la práctica de violencia y persecución, sobre quienes piensan y obran libremente pero que no concuerdan con sus modalidades.

Acusa poseer una tara autoritaria el hecho de oponerse a estudiar las variadas interpretaciones que se dan a las ideas.

Pretender imponer fórmulas y normas al igual que aceptarlas, es una manifestación carente de individualidad.

La formación de un carácter independiente, la negación de todo sistema, la irreverencia hasta para con los mismos apostolados, petrificados del ideal, será un principio saludable al impulso del cual morirá el microbio funesto del autoritarismo.

La vida del hombre, ennoblecida por el ejercicio de la libertad, vale más que todas las fórmulas y programas juntos.

Una iniciativa, una realización libertaria; he aquí la gran conquista del ideal.

F. SARMIENTO.

## Estos izquierdistas...

Aparece en Buenos Aires una revista llamada «Claridad» y que dice ser tribuna del pensamiento izquierdista. «Claridad»,—que en sus primeros tiempos se llamó «Los Pensadores»,—nos había resultado algo simpática porque veíamos en ella una buena obra de difusión de cultura entre el pueblo, y porque también había en sus páginas un soplo de juvenil inquietud, de inquietud renovadora, revolucionaria por lo tanto.

Pero ha pasado el tiempo y nuestra simpatía se ha convertido en una completa desilusión.

Ahora «Claridad» se dedica a tejer elogios a los diplomáticos obreros que nos envía México.

Sus airadas protestas las tiene para cuando los gobernantes argentinos no permiten entrar en el país a un Macciá o un Rodrigo Soriano, el que desde «Crítica», el diario infame, hizo el elogio de Irigoyen.

Pero nada ha dicho «Claridad» a propósito de la condena que pesa sobre H. Badaracco, el joven periodista libertario.

Ni para «Claridad» ni para cualquier otra publicación que se ocupe un poco del movimiento social en la R. Argentina, es un secreto que a Badaracco lo persiguen con doble saña jueces y gobernantes, porque habiendo nacido en medio de la fortuna y comodidades, teniendo una inteligencia y una cultura amplia, se ha entregado enteramente a la causa de la libertad, a la anarquía.

Pero a «Claridad» no le interesa la simpática personalidad del noble amigo de Kurt Wilckens.

Hablando de la muerte del General Obregón, «Claridad» entre otros elogios al muerto, le dice «presidente-obrero». Nosotros pensamos que el General muerto y no cobardemente como dice «Claridad», no era un presidente-obrero, porque era un arrestado. Y también pensamos que cuando el gobierno de un país está en manos de burgueses y aristócratas, es una desgracia. Pero cuando lo está en manos de los que fueron obreros, es una desgracia mayor todavía. Por eso estamos contra toda autoridad.

## Las Jubilaciones

Pasado ya el período álgido de la futbolmanía, otro asunto preocupa hondamente a los gobernantes: las jubilaciones. Y, desgraciadamente, muchos trabajadores, incautos o pillos, secundan tales propósitos y al igual que en el cuento bíblico nos prometen para pasado mañana, sinó las delicias del paraíso celestial, al menos las delicias de una vida cómoda, regalada, con sueldo íntegro y... sin trabajar. ¿Verdad que es esto archibonito? ¿No se siente halagada vuestra pereza ante el anuncio de este perpetuo «far niente»? ¿No pensáis que cuando lleguéis a vivir ese período paradisíaco ni vuestros hijos, ni vuestras compañeras, ni vosotros mismos pasaréis penurias ni necesidades? Pero, preguntaréis ¿y hasta tanto? ¡Bah! no debe preocuparos el presente, mirad siempre al porvenir y con la vista fija en el porvenir se os pasarán desapercibidas las miserias actuales.

Esta es la diaria cantinela. Estos son los «formidables» argumentos que los defensores de las jubilaciones emplean para conseguir prosélitos y agrandar aún más la caravana de los pobres trabajadores que tras de ganar míseros jornales, ven retacear sus haberes con descuentos y reintegros que absorben una buena parte de sus sueldos.

Pero el mal tiene otra faz más interesante aún. La burguesía, que también debe contribuir, se siente indignada, pues sus ganancias líquidas se verán reducidas, y entonces, dando un alto ejemplo que los trabajadores están en el deber ineludible de imitar, se unen, protestan, y llegará el momento en que se nieguen a pagar.

No harán igual los trabajadores, que aislados, sin organizaciones gremiales sólidamente constituidas, sin orientaciones sanas, sin puntos de miras perfectamente definidos, dejan mansamente que los políticos desarrollen sus planes, aún en perjuicio de su dignidad.

## “AFIRMACION”

Nuevo periódico que se edita en B. Aires. Es una tribuna de ideas y esto es lo importante.

## Contestando

Pensábamos que la salida de un periódico de ideas, mejor o peor orientado como escrito, no podría molestar a quienes como nosotros desean la libertad. Aunque bien se justifica en los espíritus, no provistos de la amplitud ecléctica necesaria a todo progreso, pero nunca, que se tergiversaran con no buenos fines, nuestras palabras y nuestras intenciones.

Esto, al contrario de lo que se creyeron muchos, no nos produce más que un sentimiento de tristeza y... nada más.

«La Antorcha» oportunamente quiso decir unas palabras y las dijo (pero como las dijo señor!

Después de mezclar innecesariamente en su «agudo» comentario a Platón y a Sócrates, aparece como símbolo del vicio maléfico Oscar Wilde.

Infelizmente Wilde, aún existe en los hombres ese empeño cuzco y agresivo, de no dejarte en paz hasta perder de la memoria el más mínimo rasgo de pureza que tuvieras en vida, y hasta tu obra, magnífica de esteta y de pensador, tiene también para los hombres el contagio de tu pecado. Mas aún, para ellos, es la producción infame con la que tejiste el piadoso manto para cubrir tu vergüenza.

Y ya no son los lores de rancia y estúpida estirpe y la puritana aristocracia inglesa, quienes te aborrecen y te condenan como hombre y como artista, son también los que aprendieron filosofía en grandes y sagrados libros, los que comprendieron al mundo como un ánfora de dolor y de miseria, los que sintieron deseos de redención y amor entre los hombres. Pero dejémosnos de sentimentalismos que no son los más apropiados para estos casos y que después de todo, una sombra más no alterará en nada el ya célebre y colosal monumento que te erigió, inexorable y despiadadamente la torpeza del hombre.

«La Antorcha» siguiendo su grave comentario no cree como el discípulo de Perogrullo que el movimiento se demuestra andando y dice, que nuestra elocuencia es falsa porque olvidamos lo que nos mantuvo actuantes en el campo revolucionario. Francamente, no sabemos que es más falso, si esta manera arbitraria y engorrosa de expresarse o nuestras afirmaciones de independencia, a pesar de esa «flor nueva» que ella no sabe donde colocarla y que tanto le molesta porque dice que «nace sobre el cadáver de una creencia».

Nosotros, menos pulcros o más impuros, no nos importa que la flor nazca en jardín o en cementerio, si ella tiene color y esencia.

¿Que no creemos en nosotros y que por eso no podemos creer en nadie? Eso está bien dicho; hemos estrangulado la fe como una cosa innecesaria, vestigio estúpido del cristianismo. No creemos en nadie, ni en nosotros. Pero razonamos, comprendemos, intuimos lo que es malo en general para el hombre y especialmente para nosotros. Y si afirmamos que queremos libertarnos de toda norma, no hacemos más que responder a una necesidad de nuestra vida. He ahí nuestro escepticismo, nuestra flor: ser libres entre los esclavos de las ideas y de los hombres.

## ACLARACION

Con motivo de la aparición de «Los Nuevos», una revista porteña me adjudica la dirección de esta hoja. Tenemos especial interés en hacer constar que «Los Nuevos» no es, afortunadamente, ninguna publicación aburguesada para tener una dirección, sea de quien fuere. La única dirección que nos rige, es la afinidad de ideas que, en mayor o menos grado, regulan nuestros actos.

C. DE LUCCA.



## AL MARGEN DE UN LIBRO

## ANATOLE FRANCE EN LOS INFIERNOS

Posiblemente, el Olimpo, con toda su muchedumbre de divinidades y de héroes, de guerreros y de poetas—dioses todos, al fin—tal como lo concebían los paganos, no pasó de ser una agradable quimera con que éstos adornaban el misterio del más allá.

Con los territorios celestiales del catolicismo ocurre ahora lo mismo. Las inefables venturas que promete a sus adeptos fieles y mansos, así como los terribles castigos que tiene reservados para los ateos y los pecadores irreverentes, no deja de ser, también, una mistificación más o menos bien urdida que únicamente pueden reputar verdadera los seres crédulos que, por desgracia, y pese a la modernidad de los tiempos, abundan en el planeta. Pero, en el poco probable caso de que existiesen ambos lugares ultraterrestres a la vez o uno sólo, no tiene nada de aventurado suponer que la naturaleza espiritual de Anatole France se hallaría más cómodamente ubicada entre la serena compañía de los dioses que en la horrorosa turbamulta de los demonios. En el Olimpo, las sutiles frases del maestro podrían oírse sin desmedro junto a los graves pensamientos de los sesudos filósofos. Su sombra corpórea acompañaría a otras majestuosas sombras en el diario paseo por el lugar privilegiado, ya conversando sobre los misterios de la filosofía, ya escuchando el rumor de las aguas de los ríos, ya gustando el son de las flautas donde aplicase los labios el mismo Orfeo... Tan encantadora escena no se vería en los infiernos del catolicismo, donde el maestro se sentiría quizás un poco molesto, entre el gemir de los condenados, el furor de la lava hirviente y el ardor de los ríos de fuego... No es de creer, sin embargo, que France dejaría de hacer ironías, algunas a costa de este buen Brousson que todavía en el mundo de los vivos, se afana en hacer engordar su bolsa describiendo las intimidades—léase las debilidades—del maestro. El conoció bastante la ingratitud humana para no tomarla en serio ni aún en las situaciones más comprometidas.

Pues bien, ya se sabe porqué el espíritu de France iría, por mandato divino, a los infiernos: su infinita inteligencia, su don de análisis y su sabia incredulidad—su incredulidad, sobre todo—le habrían granjeado tamaño castigo.

—«¡Bienaventurados los pobres de espíritu, ellos ganarán el reino de los cielos!»—como se lee en los libros santos. El catolicismo le haría purgar a France todo su talento y, en particular, la creación de «Tais», libro donde deja satirizadas con gran acierto las pretendidas venturas celestiales.

Mas, apartémonos de fantasías estériles. No hay ningún pasaje deslumbrador después de la muerte. No existe ni el mismo Dios.

—«Opino—dice un personaje de la novela de France—que la perfección es cosa rara; se paga con todo el ser y para poseerla hay que dejar de existir y esa es una desgracia de la cual ni el mismo Dios se ha podido librar desde que a los filósofos se les metió en la cabeza perfeccionarles».

## La sonrisa del maestro

Las ideas filosóficas que constituyen el tútano de su obra, lucen el trabajado ornato de

un estilo impecable. Secreta tortura de perfección llenaba el alma del gran escéptico, que no lo fué en cuestiones de belleza. Para France, únicamente la belleza, en todas sus formas, merece los afanes de los hombres. El, que se burló de todas las cosas sagradas, sentía por ella un respeto de prosélito. Su obra, plena de armonía, es una pura afirmación de belleza.



*Rígidos, mastodónticos;  
arbitrariamente,  
elevas tus nuevos edificios  
cual moles de ruda prepotencia,  
para orgullo de tus amos,  
angustia de las glebas,  
para mal de los niños  
y maldición de los poetas.*

*Por cada palmo de materia super-  
[puesta,  
arrancas un dolor de cada músculo  
y de cada corazón una blasfemia;  
suprimes una onda luminosa,  
ocultas mil estrellas,  
y al cielo azul en las nocturnas horas  
maravillas siderales restas,*

*Y aunque tus torres a las nubes llegan,  
no por eso eres más grande,  
más fuerte ni más bella,  
ni en tu suntuosa entraña  
la vida es buena.*

*Ciudad del oro y de la miseria;  
ciudad mezquina,  
¡ciudad moderna!*

Antonio MUÑOZ.

Espíritu sereno por naturaleza, gustador de las formas clásicas, devoto de determinados cánones artísticos, era, en cierto modo, un filósofo novísimo. El espectáculo feroz del mun-

do le hacía sonreír piadosamente. Anatemizaba las miserias de la vida con el invariable deslizamiento de su ironía.

Digamos, a propósito de esto, que el vasallaje de la civilización trae aparejada la misantropía y la tristeza de los pueblos. Así nos resulta tan seductora la vida de los antiguos griegos: era la edad de la sonrisa. El mundo tenía entonces en las arterias licor de juventud.

Anatole France, precisamente, ha recogido este aspecto peculiar del espíritu griego y lo ha trasvasado en su obra: de donde resulta griego el carácter de su estilo, griego el íntimo fluir de su pensar; también tuvo un sentido griego de la vida. Amó a las bellas mujeres, a los bellos libros, a las bellas obras de arte, con una devoción que no tenía nada de mezquino ni de calculado. Pero, aparte de sus predilecciones escasas ¡cómo se burló de otras cosas, aparentemente tan respetables como la belleza!...

El honor, la hipocresía, la canallería disfrazada, la religión, los prejuicios corrientes, todo se desploma bajo la cascada interminable de su ironía magnífica, de su sonrisa sardónica...

## El libro hereje: «Tais»

Pafnucio, el anacoreta del desierto, el varón santo, el enviado del cielo, redime a Tais pero se pierde a la vez. La cortesana apagó la llama de su voluptuosidad en un lugar conventual, para morir vislumbrando el paraíso, mientras Pafnucio reniega de la religión estúpida que le impidió gozar del amor en aquel oloroso vaso de carne. «Teme ofender a Venus; su venganza es terrible»—habíale profetizado Nicías, filósofo elegante y desaprensivo. Llegado el momento del amor imposible, sus creencias sufrieron el lógico derrumbamiento y maldijo su ignorancia y maldijo su Dios...

¡Admirable enseñanza la de este libro! ¿Enseñanza se ha dicho? ¿Tienen enseñanza los libros de esta clase? Sí, la tienen. Dígame lo que se quiera, todo el que escribe tiene tendencia a convencer, a demostrar algo. La narración más sencilla como la más complicada, encierran en sí un símbolo demostrativo librado a la interpretación personal del lector.

Este libro es humano y profundamente moralizador. Nos señala la falla más notoria del cristianismo: la negación absoluta del cuerpo por el alma; la negación de las bellezas de la vida material por las místicas dichas de una existencia improbable. Nos enseña que no hay nada comparable a la felicidad de dos seres que se aman; díganos que la mujer es la encarnación total del esplendor del mundo.

¡Pobre Pafnucio! France no tuvo piedad de él. No quiso matarlo en las páginas finales de su libro maestro. Tal vez ande aún Pafnucio errante por la tierra como una sombra maldita, rechazado de todos, salvaje y huraño como una bestia, en busca de una cortesana de sonrisa fina y de ojos embrujados como los de Tais...

CARLOS DE LUCCA.





## CAMPO

(CUENTO)

La enorme llanura vegetal, extendida monótonamente frente al horizonte, le produce a Silverio, el huésped de la estancia, una abrumadora sensación de cansancio y aburrimiento. La perspectiva interminable, igual e infinita de los campos, matizados, aquí y allá, por un grupo de esqueléticos ranchos o un tropel de ganado; la lenta sucesión de las auroras y de los crepúsculos, el desfile de los mismos tipo, de las mismas costumbres, de los mismos quehaceres, el uso de las mismas expresiones, la vida tranquila—demasiado tranquila,—que arrastra la masa rural, en fin, sumen a su alma—le parece a él—en una especie de sopor cuyas raíces se adentran en el seno mismo de la neurastenia...

Hace un mes que Natalio llegó a la estancia en busca de un poco de reposo. El torbellino arrollador de la capital le obligó a alejarse por algún tiempo de ella, ansioso de la tranquilidad gustada en medio del silencio y la soledad de los campos. Al principio, las largas andanzas por los senderos, el trato pintoresco con los paisanos y el contacto virginal con aquella naturaleza fresca y fuerte, le hicieron mucho bien. El, que nunca había quedado en el campo más de dos o tres días, se prendió entonces de la mágica perspectiva de los paisajes y sintióse envuelto por la tierra exuberante en una caricia bienhechora, casi maternal.

Todo el día lo pasaba andando. De mañana, cuando no había asomado sobre el filo del horizonte el sol de verano, desgarrado y sangriento como una llaga, ya se encontraba Natalio en marcha. Recorría a pié, en camisa, calzando gruesas botas de potro, cubierta su cabeza,—casi calva,—con un sombrero de paja pardo por el sol. Gustaba hundirse en el agreste misterio de los pajonales, pisoteando voluptuosamente la tierra callosa, endurecida, y abriéndose paso con trabajo entre la alta maleza, que erguía al cielo sus puntas decrepitas. La cinta de agua—fresca de sombra—de los arroyos, le atraían particularmente y muchas veces, armado de una caña de pescar, dejaba escurrir las horas aguardando la llegada del pez remolón y cauteloso. Además, para llenar de tensión los músculos y despertar la dormida agilidad de su cuerpo, no del todo joven, acostumbraba a trepar a los árboles, arduosamente. Se adhería a los troncos gateando, hasta llegar a la primera rama alta que encontraba. Desde la prominencia del árbol veía palpar, ante su mirada algo miope, la inmensidad temblorosa del paisaje tostado bajo los rayos del sol...

A la hora del almuerzo, Natalio llegaba a la estancia, sudoroso y polvoriento, con los músculos flojos pero vivificados. De tarde, después de comer, dormía plácidamente hasta el crepúsculo. Leía algo entonces o conversaba con alguien—algún gaucho ocioso—y luego, después de cenar, se iba a dormir. Llegado a

su cuarto, abría los postigos de la ventana y asomado en ella, oía durante largo tiempo los mil rumores de la noche. La tierra, desnuda de sol, sorbía el silencio nocturno, como los hombres, beatíficamente. Cuando el sueño tecleaba en sus párpados, se acostaba sin prisa, dormía diez horas de un tirón y al día siguiente, la aurora volvía a sorprenderlo otra vez en la vastedad campesina...

Ahora, a un mes escaso de vida en la estancia, Natalio no sale ya de mañana ni de tarde. Un aburrimiento mortal le traba los músculos, el entusiasmo errabundo, el espíritu todo. ¿Cómo fué eso? El no sabía explicarlo con exactitud, aunque verdaderamente, él tiene la certeza de su desencanto. Comprende al fin que la tierra le es repulsiva, totalmente repulsiva. Así, encuentra estúpido al gaucho, anacrónica y triste la vida del campo, y además, siente instintivamente que él, Natalio, es un hombre esencialmente urbano, sobre todo, y que la actividad febril de la ciudad es su elemento primordial de vida.

Será enfermizo esto, pero ¿qué va a hacerle?

El campo le cloroforma las ansias naturales de lucha, la sensación embriagadora de sentirse, en el combate cotidiano, pleno y poderoso como un motor en marcha. En la estancia, los resortes de su voluntad bailotean, se aflojan iguales a tornillos de rosca gastada por el roce de una absurda, romántica nostalgia; se aletargan sus pensamientos en una opiosa plenitud de cansancio, de pereza, de quietud aplastante.

Inútil es que trate de evitarlo: la ciudad lo reclama imperiosamente. En vano es que atormente su cerebro buscando soluciones ambiguas. Lo que debe hacer es irse. Cuanto antes.

Mañana, a primera hora, cuando el campo empiece a vestirse con los colores de la aurora, Natalio no tomará rumbo a los caminos polvorientos y lejanos, como antes.

Recorrerá la única calle empedrada que conduce a la estación, fatigado, quizás, de sufrir los movimientos desacompañados del sulky de la estancia. Se acercará a la ventanilla del despacho y lo atenderá, seguramente, un empleado viejo, nostálgico, como él, de la ciudad, esgrimiendo en la mano un mazo de mugrientos boletos.

Y el empleado viejo le preguntará lacónicamente, con esa voz seca y áspera de los empleados viejos:

—¿Adónde va usted?

Entonces, Natalio le contestará sonriendo, con acento de gozo, dejando sobre el mostrador cuatro o cinco billetes, en tanto se dispone a secarse la frente cubierta de sudor, como si la limpiase de un mal pensamiento:

—A Montevideo, amigo, a Montevideo...

SILVERIO SANTOS.

## ÉTICA

Las generosas manifestaciones de nuestros sentimientos, ponen siempre un matiz de belleza y bienestar en la vida.

La mano que afectuosamente se estrecha, el beso tierno que se da y la dulce palabra que se dice, tienen la virtud de tejer la malla de cordialidad que promete y asegura la felicidad individual y social.

Desde la caricia que se hace a un niño, hasta la más heroica de las acciones, para ganar el respeto y la consideración de su valor, tienen que ser espontáneas y sinceras.

La enorme aridez de la vida, el cansancio de la existencia y la desconformidad que se clava como espina martirizante en carne viva, no se debe tanto a la falta de bienes materia-

les, sino a la carencia de lazos simpáticos y fraternos.

La naturaleza de cada individuo está dotada de una infinita cantidad de cuerdas sensibles a las que es preciso tocar con manos de artista para que entonen y armonicen en el concierto social. La violencia o brusquedad en el trato; las expresiones groseras y las intenciones aviesas, hacen más estragos en la psicología de cada ser, que el alcohol y todos los tóxicos o venenos conocidos. Por eso, los que se creen predicadores de ideales capaces de realizar la felicidad humana, tienen que endulzar las amarguras de su carácter y poner una caricia amorosa en todo, para ganar el corazón de quienes la reciben. Así, más de una buena idea que siembran, dará el fruto apetecido y serán más individuos en número y mejores en calidad.

FELIPE RAMOS.

## Sugerencias

Después del ejercicio espiritual, nada hay tan interesante como observar a los hombres. Verlos inquietarse, luchar, contradecirse con sus ideas y creencias, manifestarse en sus pasiones, por instintos, en la más íntima naturaleza.

El panorama es sugestivo, variado, abundante en matices, sorprendente a cada momento.

Luchas que necesitan de abdicaciones; la grandeza de alma que requieren otras y las más, crueles, mezquinas y arbitrarias. Los actos más simples que nos revelan al ser superior como al envilecido. Palabras que tiemblan por la emoción o vibran de odio o de venganza, y las que desbordan ideas. Rostros risibles y grotescos; mascaradas del vicio y del crimen que gritan el horror y la fealdad; otros en los que la línea impecable y sutil de la belleza pone un soplo de gracia y de armonía, y los que, en un rictus, en una mirada o con lágrimas, nos dicen de bondad, de amor o de tristeza.

Observar la vida nada más que como espectáculo, vale la pena, aún cuando la agriedez de la visión nos desencante.

Es asistir al teatro más sublime y genial como el circo más sórdido y ramplón. Y es este contraste, tan natural, tan atractivo e imprescindible en la vida como el sol y las tinieblas, el que nos da la conciencia del espectáculo. De ahí, que el ser espectador no sea un mal tan grande como parece, sino que, por el contrario, cuando se es demasiado actor en la vida, se corre el riesgo de embrutecerse o de rezagarse viviendo para los demás.

Se puede decir que nos humanizamos y que aprendemos a conocernos más íntimamente, cuando, haciendo una pausa en la lucha, vemos con serenidad de espíritu la gran paradoja de la felicidad y el dolor de los seres por encontrarla. Y comprendemos que ese deseo, muy rudimentario, todavía bestial, causa de las acciones más infames, existe en todos en mayor o menor grado, pero que, irresponsables los más, movidos por los invisibles y trágicos resortes de un fatalismo superior a toda fuerza, no se debería directamente culpar a nadie de nuestros sufrimientos.

Mas la lucha existe, es necesaria y existirá eternamente, pero vayamósla convirtiendo de causa de dolor, en un motivo cada vez más interesante de satisfacer las necesidades del espíritu, siempre ávido de superación, inquieto como errante y perdida ave marina que, flechando horizontes, jamás llega a costa ninguna.

EL PADRE BENITO.

## La reglamentación del dolor

La Asistencia Pública Nacional, acaba de implantar un nuevo sistema para reglamentar el servicio de los primeros auxilios. Toda persona no pudiente que solicite éstos, con o sin urgencia, debe presentar una especie de carnet donde se especifica, con pelos y señales, su calidad de pobre. De este modo, la Asistencia Pública establece categorías sociales para el dolor humano. La pobreza proporciona el impagable beneficio de reventar tranquilamente sin esperar auxilio de nadie. Es natural, a fin y al cabo, que se sufra. Lo que está mal es que no se tenga carnet de identidad para sufrir. Así, la Asistencia ha inventado algo original: la reglamentación del dolor.

Convengamos de una vez por todas, que la pobreza es el más terrible de los males que pueda sufrir el hombre.

## EL ATENEO

En un rincón de la Plaza Libertad está, como avergonzado de sí mismo; y en su fachada, el verde moho trasmite el estado espiritual de sus directores.

